

José María Monner Sans

## Galdós y la generación de 1898

1. Indispensable establecer primero, aunque sea en rápida reseña, qué había hecho Benito Pérez Galdós hasta fines de siglo. Sólo así se apreciará qué pudo significar su obra para los escritores del 98 y saber, ahora con suficiente perspectiva, si esa obra fué por ellos justicieramente valorada, entonces y después.

Obra que a fines del siglo era ya importante en calidad y cantidad, según le consta a cualquier mediano lector. Además de los dos libros iniciales, *La Fontana de Oro* y *El Audaz*—anticipo de sus futuros episodios—, había publicado las dos primeras series de éstos; es decir, veinte tomos que abarcaban el lapso 1805-33 de vida española. Además, una buena pila de novelas «contemporáneas», algunas que suscitaron visible interés y mucho revuelo porque el autor señalaba el sectarismo como grave mal de su tierra y predicaba, en cambio, la tolerancia. La tolerancia, planta que sólo verdece en climas de auténtica y no mentida libertad.

Varias de esas novelas contemporáneas—tales *Doña Perfecta*, *Gloria* y *La familia de León Roch*—centraban el problema español de religiosidad y clericalismo. Galdós respetaba indudablemente la religiosidad, pero atacaba el clericalismo, cuyas ardimas ponía al descubierto. Las tres citadas no eran sus únicas novelas de esa índole, pero sí las que promovieron más discusiones. Bastará recordar que sólo para oponerla a *Gloria*, un

gran amigo de Galdós, Pereda, compuso *De tal palo, tal astilla*, denunciada certeramente por Clarín como una *Contra-Gloria*...

Además de dichas novelas, que suelen hoy considerarse tendenciosas y en parte lo son, Galdós había escrito otras «contemporáneas» de fondo realista y sin tesis. Entre ellas, *La desheredada*, *El amigo Manso*, *Marianela*, *Misericordia*, *Fortunata* y *Jacinta*. Y al teatro—que lo atraía desde su juventud—había trasladado *Realidad* y *Doña Perfecta*. Pronto estrenaría *Electra* (1901), de tanta resonancia allí y aquí, y *El abuelo* (1904). También había ejercido el periodismo.

Y agréguese que precisamente en 1898 reanudó sus *Episodios*, interrumpidos durante dos decenios. Bosquejó la tercera serie, que arranca del año 33 cuando acaba de morir aquel desleal Fernando VII, de triste memoria para los españoles, de grotesco recuerdo para los americanos.

Tal, en resumen, la obra del escritor hasta 1898. La del ciudadano Benito Pérez Galdós había sido menos fecunda. Carecía de vocación política, pero de la política no se desentendía ni la desdeñaba. Como ciudadano, logró identificarse con el genuino vivir de su pueblo. Como novelista, que el pueblo viviera en las páginas de sus libros. Pueblo se sintió siempre. Y en 1885 al ofrecerle Sagasta una diputación, Galdós la aceptó. Fué Diputado por Puerto Rico, con escasos votos... y elegido desde Madrid. Pero más que en el recinto de sesiones, actuó en las salitas linderas: conversó, bebió té, fumó, observó a su alrededor. Sobre todo, observó. Y concluido su mandato «popular», el ciudadano Pérez Galdós no pensó en volver al ruedo parlamentario. Le repugnaba ya la farsa política del «turno» y ya no estaba a gusto en las filas del partido sagastino que, aparentando ser liberal, en poco o nada se distinguía del partido canovista, denominado conservador.

Veía la progresiva postración de España y, aunque no compartía el agrio pesimismo de Joaquín Costa, creía como éste que la nación perdía paulatinamente su pulso. Galdós fué tes-

tigo de la inquietud que causaban los continuos reveses militares en la lucha contra los insurrectos cubanos. Y testigo del abatimiento público al perderse en breve tiempo la guerra con Estados Unidos. Y testigo de la constante angustia que producían los descalabros sufridos por las armas españolas en África. Y testigo de la patriótica preocupación con que muchos de sus connacionales se preguntaban si era mayor de edad—y responsable—el rey adolescente recién ungido. Todo esto, y algo más, nos explica su incorporación al partido republicano. Pero para figurar en su lista de candidatos por Madrid, Galdós impuso condiciones tendientes a ampliar y robustecer la representación del republicanismo. Satisfechas esas condiciones, permitió su inclusión en la lista y fué electo Diputado en 1906 junto con sólo dos de sus compañeros. Y en 1909, luego de nuevos y desgraciados acontecimientos internos, presidió la conjunción republicano-socialista.

\* \* \*

2. Los escritores del 98 no tenían a su alcance libros de historia donde estudiar en conjunto el siglo XIX español, quizá porque se evitaba remover hechos que eran todavía rescoldo avivable y no ceniza inerte. Quedaba, es cierto, material histórico disperso en memorias y crónicas, en folletos y en viejas colecciones periodísticas, material que nadie había ordenado para dar una visión animada y total de aquel dramático siglo. Galdós utilizó ese material y el que la tradición oral podía brindarle. Y al utilizar uno y otro no invadió el cercado ajeno—la historia propiamente dicha—ni se quedó en los dominios de la libre narración. Mezcló ambas en dosis inequivalentes pues ajustó la trama de muchos *Episodios* al desarrollo verídico de los sucesos y limitó, en cambio, la ficción: de ahí que Menéndez y Pelayo les aplicara en 1897 el calificativo de «historias anoveladas». Calificativo cuya exactitud han confirmado docu-

mentalmente Carlos Vázquez Arjona en 1926 (*Cotejo histórico de cinco E. N.*) y Matilde Carranza en 1942 (*El pueblo visto a través de los E. N.*)

El extraordinario éxito editorial de las varias series nos autoriza a repetir lo muy sabido: que en los *Episodios* aprendieron los españoles, viejos y jóvenes, la historia de su siglo XIX. Y ha de agregarse que, al finalizar el siglo, los españoles jóvenes conocieron el ambiente político-social de la restauración borbónica en las «novelas contemporáneas» de Galdós, tanto en las simplemente realistas como en las de intención combativa.

Para elaborar los *Episodios* sabido es que Galdós recogía, por diversos medios, cuantos datos podían añadir preciso colorido a sus diferentes cuadros de época. Algunos de esos datos, bien fidedignos, los había hallado nada menos que... en el «Diario de Avisos». Otros se los suministraron quienes, diez, veinte o treinta años atrás, presenciaron los acontecimientos que él desarrollaría en tal o cual tomo ya abocetado. No debe extrañar, pues, que la documentación fría llegue a animarse vivazmente en sus historias novelescas, a lo largo de las cuales surge, nítida, la pugna de dos Españas antagónicas: una, la que añorando a Felipe II, proclamaba las excelencias del absolutismo real y de la intransigencia religiosa y se extasiaba al recordar la acción purificadora y unificadora de la Inquisición; otra, la España liberal, liberal siglo XIX desde las Cortes de Cádiz, atenta a cuanto ocurría en Europa y que de la península quería barrer la abulia, la ignorancia y el obscurantismo. Esas dos Españas las contemplaba retrospectivamente el autor de los *Episodios* y las tenía ahora ante sus ojos el autor de las «novelas contemporáneas», quien con los próximos *Episodios* iba acercándose a la sociedad en que vivieron Doña Perfecta, los Lantigau, los marqueses de Tellería, personajes de aquellas «novelas» y honorables vecinos de ciudades, ya de existencia real como Avila, ya de ubicación geográfica galdosiana como

Arbajosa y Ficóbriga. Y en esas ciudades levíticas se engresaban las dos Españas irreconciliables.

Un año, el de 1876, ilustra resumidamente esa lucha tenaz, a menudo sangrienta. Si de un lado aparece la 1.<sup>a</sup> edición de *Ciencia española* de Menéndez y Pelayo, esfuerzo de rehabilitación que pronto ampliaría en los *Heterodoxos* para enaltecer el hermético tradicionalismo hispano, del otro hay indicios de que, a partir de la revolución del 68, racionalismo y liberalismo no están allí aletargados. De 1876, en efecto, data *La política de capa y espada*, que firma Eugenio Sellés, libro de despiadada disección histórica y cuyos capítulos, dedicados a presentar del derecho y del revés la organización del reino, exhiben esa organización como una desvergonzada superchería. En 1876 fundan la Institución Libre de Enseñanza los profesores que han renunciado a sus cátedras oficiales cuando aquel Ministro Orovio les niega, por segunda vez, libertad de opinión extrauniversitaria y les exige fidelidad a la corona, a la dinastía y a la religión católica. La Institución, de moderna filiación pedagógica inglesa, fué hogar y aula de un maestro ejemplar, manso de modales y firme en sus convicciones: don Francisco Giner de los Ríos. También en 1876 sale a luz *Doña Perfecta*, confrontación de los consabidos criterios opuestos: el de la protagonista y el de su sobrino Pepe Rey. Triunfará la rígida Doña Perfecta, bien secundada por allegados y consejeros, de entre los cuales el novelista destaca la sombría figura de don Inocencio, el penitenciario. Y fechada en 1876 está la nueva Constitución, llamada de los Notables, transacción entre las dos Españas adversarias. Pero transacción sólo teórica porque casi todos los gobernantes se habitúan a invocar la Constitución para mejor trasgredirla.

El año 76 es, así, una imagen abreviada de la anterior España fernandina e isabelina y, además, de la España alfonsina, entonces en sus comienzos. Por consiguiente, 1876, cifra: guarrismo y clave.

\* \* \*

3. Dijo Galdós en 1897 ante la Academia que lo recibía: «Imagen de la vida es la novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de familia, y la vestidura que diseña los últimos trazos externos de la personalidad...». Tal el contenido y la forma del realismo galdosiano en sus historias novelescas y en sus novelas contemporáneas, narrativas las más y totalmente dialogada alguna. Con la novela dialogada tendía un puente hacia el teatro, ámbito donde sus dotes de realizador—creo—habían de disminuirse sensiblemente. Por lo común las obras dramáticas del gran novelista pecan, en efecto, de cierta morosidad expositiva. Y el diálogo dramático—calco del de sus novelas—pierde frecuentemente vigor escénico, acaso porque abusa del tono conversacional más cotidiano y concluye por pesar su repertorio de giros y modismos populares. Naturalidad basada en el supuesto de que la charla trivial, recogida casi taquigráficamente, se mantiene lozana hasta en las piezas no costumbristas. Supuesto erróneo porque el teatro pide la reelaboración del diálogo usual. No todo lenguaje es lenguaje dramático. Y Galdós nunca renunció a aplicar sus facultades de diligente observador y siempre quiso reproducir fidelísimamente cuanto registraban sus sentidos. Lo prueban estas líneas de una carta dirigida a Clarín: «Más que toda lectura me gusta ahora acercarme a un grupo de amigos, oír lo que dicen, o hablar con una mujer, o presenciar una disputa, o meterme en una casa de vecindad, entre el pueblo, o ver herrar un caballo, oír los pregones de las calles o un discurso del Diputado R. S. P. o de X., el yerno de Z».

De todo eso se valía Galdós, aun con el peligro ya dicho y sobre todo si la obra era teatral. Pero en todo eso se apoyaba su arte minucioso, con el cual colocaba al lector como «en posición de presencia» ante los hechos relatados, según Andrenio dijo sagazmente.

En su pluma se actualizaba la historia. Lograba anovelar la del pasado, mediato o inmediato, y anovelaba la del infausto presente. Dentro del marco histórico situaba las instituciones y enlazaba movidamente los acaecimientos públicos, pintaba las costumbres y refería anécdotas, muchas oídas en cualquier fonda o en algún vagón de tercera o en rueda con sus amigos, los viejos cocheros de Madrid; y describía menudamente trabajos, oficios y profesiones, dando a cada menester y a cada cosa su nombre; y en páginas inolvidables dinamizaba ciertas ideas — concordes o no con las suyas—, y auscultaba sentimientos colectivos, y, con aparente sencillez, ponía de relieve una emoción o el proceso psicológico de una pasión avasalladora. La numerosa galería de sus personajes—quinientos contó Menéndez y Pelayo sólo en las dos primeras series de los *Episodios*—parece mostrárnoslo como el confesor, muy comprensivo, de todo un pueblo.

\* \* \*

4. A raíz de la derrota que le inflige Estados Unidos, España hace examen de conciencia y con él germinan el desaliento y la protesta. Desaliento, porque España se siente defraudada y advierte a las claras su decadencia nacional y su grave desmedro internacional. Protesta, porque se descubren las causas de tal decadencia, muy antiguas algunas y muy próximas otras. Entre las causas próximas, esa política de la restauración que ha adormilado al pueblo.

Año de crisis local el 98 para España. Y años de crisis ideológica europea los últimos del siglo: liquidación, aunque lenta,

del positivismo materialista en filosofía y lenta liquidación del realismo-naturalismo en las letras. En filosofía reverdecen el idealismo y el espiritualismo. En las letras, una estética cada vez más anti-realista. Los escritores del 98 recibirán el influjo de la nueva ideología y de la nueva estética.

¿Quiénes son los escritores del 98 y cómo podemos distinguirlos de sus colegas? Dígase en seguida que son españoles de pareja edad: nacen entre 1864—Miguel de Unamuno—y 1874—Ramiro de Maeztu—. Unamuno tiene 34 años en 1898 y 24 tiene Maeztu. Del uno al otro la serie se completa con: Angel Ganivet, que es de 1865; Jacinto Benavente, de 1866; Ramón del Valle-Inclán, de 1869; Pío Baroja, de 1872, y Azorín, de 1873. También en 1874, como Maeztu, nace Manuel Bueno, pero su producción periodística, más que literaria, y su deseo de conseguir rápidamente una situación estable lo alejan de aquellos camaradas en quienes perdura largo tiempo el disconformismo inicial.

Cuando estos hombres coetáneos cumplen entre 24 y 34 años, su contemporáneo Galdós ha cumplido 55. Circunstancia que no debemos perder de vista.

Excluyo ahora a Ganivet—quien se suicida a fines del 98—para preguntarme qué factores contribuyen a aglutinar a los demás escritores citados. Sin comentarios enunciaré esos factores:

1.º La coetaneidad ya mencionada.

2.º Consecuentemente, su contemporaneidad. Y entiéndase bien que la contemporaneidad dentro del propio país importa el vivir inmersos en la misma atmósfera social y el verse obligados a reaccionar ante hechos de importancia presente y de trascendencia futura para España. Hechos que—nadie lo ignora—repercuten de muy diferente manera según la edad de quienes los contemplan y valoran.

3.º Su formación intelectual en el mismo medio cultural español, y dentro del español, el madrileño. Todos, excepto Una-



muno, habitantes de Madrid. Todos, excepto Benavente, provincianos en Madrid.

4.º Su formación física en el mismo medio político-social de la restauración: obsérvese que en 1875, fecha de la proclamación de Alfonso XII, Unamuno—el mayor del grupo—tiene sólo 11 años.

5.º Estos hombres que en 1898 alcanzan, repito, a edades entre 24 y 34 años, se sienten conmovidos por la derrota que sufre España. Y este acontecimiento—como dice Hans Jeschke (*Die Generation von 1898 in Spanien*)—es el «imán» que los atrae. Y ellos, individuos en quienes concurren los factores predichos, son las «partículas de mineral» atraídas por la «fuerza magnética» de ese acontecimiento. En otros contemporáneos el desastre producirá estados espirituales parecidos, pero no idénticos a los que produjo en los escritores del 98. Pues se comprueba hoy, a la distancia, que el estado espiritual de los del 98—caracterizado por el desaliento pesimista y la protesta iracunda—origina luego en ellos una «evolución vital» más o menos análoga, cierta «contemporaneidad interna», especie de común aire de familia.

Esa generación del 98—cuya existencia ponen en duda algunos de sus componentes—tuvo su «filosofía beligerante». Correspondió ésta a una época de negación radical de la obra precedente: época no «cumulativa» y sí «eliminadora», para usar el vocabulario con que Ortega y Gasset enfoca el problema sociológico de las generaciones en *El tema de nuestro tiempo*.

Negación radical de la obra precedente: es decir, reacción contra cuanto hizo la generación anterior. Esa generación anterior se había enclaustrado en la España quietista de Alfonso XII y María Cristina. La del 98 pide la renovación de España: que España se regenere europeizándose. Y esta «europeización» de España, una de las fórmulas de Unamuno—varias veces por él rectificadas y hasta contradichas—, tenía ya su denodado di-

vulgador en la península: aquel don Joaquín Costa, aragonés de alma angustiada y vozarrón inculpador.

Renovación equivalía a previo enjuiciamiento. Enjuiciamiento total de España: desde lo social, lo económico y lo político hasta lo literario y artístico. Todo debía examinarse para rehacerlo todo. Debía procederse inexorablemente a una «revisión de valores», otra de las fórmulas de entonces.

Así vieron la triste realidad española los escritores del 98. Así la reflejaron al dar vida literaria a personajes rebosantes de inquietud e insatisfacción: recuérdese a Pío Cid, de Ganivet, cuyos *Trabajos* datan de 1898; a Fernando Osorio, de *Camino de perfección*, novela barojiana publicada en 1902; a Antonio Azorín, figura que su homónimo creador situó en una obra de 1903.

Para corroborar lo expuesto elijo—entre cien—un ejemplo ilustrativo de la literatura del 98: pertenece a Unamuno, ya autor de *En torno al casticismo* (1895) y desde años antes amigo de Ganivet. Cuando éste publicó su *Idearium español*, el bilbaíno y el granadino intercambiaron cuatro cartas en 1898, que la editorial Renacimiento reunió bajo el título, bastante exacto, de *El porvenir de España* (1912). En la primera de Unamuno se lee este párrafo: «El *Idearium* se me presenta como alta roca a cuya cima olean vientos puros, destacándose del pantano de nuestra actual literatura, charca de aguas muertas y estancadas de donde se desprenden los miasmas que tienen sumidos en fiebre palúdica espiritual a nuestros jóvenes intelectuales. No es, por desgracia, ni la insubordinación ni la anarquía lo que, como usted insinúa, domina en nuestras letras; es la ramplonería y la insignificancia que brotan como de manantial de nuestra infilosofía y nuestra irreligión, es el triunfo de todo género que no haga pensar». Párrafo sin desperdicio porque los sustantivos y adjetivos que he subrayado revelan el desaliento pesimista y la protesta iracunda de la generación del 98 al afrontar los problemas de España. Otros, es cierto, se les ha-

bían anticipado: Sellés, entre ellos, con su *Política de capa y espada* (1876). Además Pompeyo Gener con *Herejías nacionales* (1887) y Valentín Almirall al escribir un libro que apareció originariamente en Francia: *L'Espagne telle qu'elle est* (1887). Otros, también de más edad que los del 98, afrontaron los problemas españoles alrededor del 900: Rafael Salillas en *Hampa* (1898); Ricardo Macías Picavea en *El problema nacional* (1899); Joaquín Costa en varios estudios y discursos anteriores y, luego, en *Reconstitución y europeización de España* (1900) y en *Oligarquía y caciquismo* (1902); Luis Morote en *La moral de la derrota* (1900); Damián Isern en *De la defensa nacional* (1901). También un historiador, Rafael Altamira, nacido en 1866—es decir, coetáneo de los del 98—publicó en 1902 la primera edición de *Psicología del pueblo español*. Pero los del 98 son los que, en ensayos de carácter histórico-social, psico-social o sociológico y además en obras de imaginación, se plantean y replantean los problemas de España. O, mejor dicho, son los que sienten a España, en totalidad, como problema.

Puede probarse fácilmente, pues junto a los ya aludidos ensayos de Unamuno y Ganivet, es menester colocar la prosa periodística que Maeztu colecciona en *Hacia otra España* (1899), las páginas descriptivas y casi documentales de Azorín en *El alma castellana* (1900) y algunos artículos de Baroja en *El tablado de Arlequín* (1904). Y entre las obras de imaginación—más en ellas los problemas de España que España como problema—, no han de olvidarse algunas comedias de Benavente: *Gente conocida* (1896), *La farándula* (1897), *La comida de las fieras* (1898); y junto a *Antonio Azorín*, otro libro muy representativo del mismo autor: *La Voluntad* (1902); y por su vocabulario, las dos primeras *Sonatas* (1902 y 1903) de Valle Inclán, y, junto a *Camino de perfección*, otra posterior novela de Baroja: *El árbol de la ciencia* (1911).

Dicho esto, conviene repetir aquí algunas líneas de Maeztu—cuya fecha ignoro—citadas por Gómez de la Serna en su in-

formativo libro sobre Azorín: «Rápidamente se fué dibujando ante nuestros ojos el inventario de lo que nos faltaba. No hay escuelas, no hay justicia, no hay agua, no hay riqueza, no hay industrias, no hay clase media, no hay moralidad administrativa, no hay espíritu de trabajo, no hay, no hay, no hay... ¿Se acuerdan ustedes? Buscábamos una palabra en que se comprendieran todas estas cosas que echábamos de menos. «No hay un hombre», dijo Costa; «No hay voluntad», Azorín; «No hay valor», Burguete; «No hay bondad», Benavente; «No hay ideal», Baroja; «No hay religión», Unamuno; «No hay heroísmo», exclamaba yo, pero al siguiente día decía: «No hay dinero», y al otro: «No hay colaboración».

Nada más elocuente que esta actitud negativista inicial para definir a aquella generación. Y agrega Maeztu: «Al cabo ha surgido la pregunta. Al cabo España no se nos aparece como una afirmación ni como una negación, sino como un problema. ¿El problema de España? Pues bien, el problema de España consistía en no haberse aparecido anteriormente como problema, sino como afirmación o negación. El problema de España era el no preguntar».

Si ésta es la evocación del 98 hecha por uno de los miembros de esa promoción literaria, recordemos que los años anteriores fueron denominados «bobos» por Galdós. Bien pinta Melchor Fernández Almagro el ambiente de tal período en su admirable libro sobre Ganivet: «Bobos llamó Pérez Galdós a los años que inmediatamente anteceden al Desastre, y a fe que lo fueron. Una inconsciencia punto menos que infantil regía el ir y venir apasionado de los españoles en relación con las cuestiones que suscitaba la realidad inmediata. Nadie miraba a lo lejos. Inconsciencia y optimismo. Pasada la batahola de la Revolución y la República, salvado el momento difícil de la muerte de Alfonso XII y sumido el país en enorme calma chicha, el gran niño, que era España, se entretenía en discutir a propósito del crimen de la calle de Fuencarral o, poco más tarde,

del submarino inventado por Isaac Peral. El cuadro de nuestros grandes hombres, para mayor felicidad, estaba cubierto por dos veces. De aquí que los españoles se permitiesen el lujo de tener donde elegir, cifrando su fe en el ídolo público de alguna de las dos series puestas en juego, para satisfacción de toda necesidad banderiza: o Cánovas o Sagasta: o Galdós o Pereda; o Calvo o Vico; o *Lagartijo* o *Frascuero*... Libres de cuidados, las gentes se consagraban a sus ocios predilectos. Triunfaban, con los toreros y cantantes de ópera, los oradores, los poetas fáciles y los prosistas amenos. Los artículos de fondo sonaban muy bien, y las novelas se multiplicaban con lozanía sin precedentes. Angel Ganivet, en su primer año de residencia en Madrid, pudo repasar en los escaparates de las librerías gran copia de frutos de las últimas cosechas: *Torquemada en la hoguera*, *La incógnita*, *Realidad*, de Pérez Galdós, *Morriña*, *Una cristiana*, *La prueba* de Emilia Pardo Bazán. *La Montalvez* y *La Puchera*, de Pereda. *La honrada*, de Picón. *El cuarto poder*, *La hermana San Sulpicio*, *La espuma*, de Palacio Valdés. Mucho énfasis en torno. Artículos brillantes de Julio Burell. Cuadros de historia. Dramas de Echegaray. Ripios punzantes de Salvador María Granés. Como el glotón y el sátiro en las fábulas atelanas, juegan papel indefectible, en las piezas cómicas de la época, la patrona y la suegra, el cesante y el maestro de escuela: variantes estos dos últimos de la casticísima figura de nuestro hambriento tradicional. Caricaturas de *Mecachis* y de *Cilla*. Buen humor en todas partes. Manuel del Palacio y *Clarín* contienden sobre una valoración de poeta en 0'50. Se rumorean fraudes y cohechos en el Ayuntamiento de Madrid. Eusebio Blasco envía desde París, crónicas llenas de españolería. Versos cortesanos de Grillo. Peña y Goñi alterna la crítica musical y la taurina. Palmas al Guerra. Wagner está a punto de llegar. Las muchachas de talle de avispa y mangas de jamón cantan habaneras. Chotis de Chueca en los organi-

llos. Pronto se convertirá su *Marcha de Cádiz* en himno nacional. . . ¡Dichosa edad y años dichosos aquellos!. . .»

Y Galdós— téngase muy en cuenta—, no sólo denominó bobos a aquellos años, sino que, como buen realista, los fotografió sin muchos retoques.

Dentro de ese ambiente transcurrió la juventud de los del 99. ¿Qué pudo ocurrirles? Pues lo que dice Manuel Azaña en *Plumas y palabras*: «Los que en 1898 editaron las formas populares (literarias y políticas) del desencanto nacional, eran hombres inexpertos; inexpertos en el orden de los sentimientos, por ser jóvenes; inexpertos en el orden de la inteligencia, por ser españoles. Importa mucho señalar este género de inexperiencia. Es típica. Los españoles no nos aprovechamos del esfuerzo ni del saber de nuestros antepasados; todo lo fiamos a nuestro escarmiento personal. Será que la cultura en España es discontinua, inconexa: será que cada generación desaparece para siempre en un abismo de olvido. Todas las que siguen pierden un tiempo precioso en averiguar por su propia cuenta lo que en llegando a la edad de la razón debieran poseer por herencia. Los españoles no heredamos ninguna sabiduría. Cada cual aprende que el fuego quema cuando pone las manos en las ascuas».

\* \* \*

5. Esto fué, probablemente, lo que les ocurrió a los del 98. Y esto agravó acaso la volubilidad de los más, casi siempre fluctuantes en sus opiniones político-sociales, tornadizos a veces en sus juicios estéticos, a menudo versátiles en sus juicios literarios. Pero de sus opiniones político-sociales y de sus gustos estéticos no debo ocuparme aquí. Sí, en particular, de los juicios que les mereció Galdós.

Ganivet sólo habla de Galdós en algunas cartas escritas entre febrero de 1893 y enero de 1895 y dirigidas a su fraternal amigo Francisco Navarro Ledesma.

Se refiere, en una, a los hombres de diferentes clases sociales que el gran novelista suele presentar al lector: «Puede producir mucho bien ese enlace final de lo viejo y de lo novísimo, para que la gente se acostumbre a ver juntas ciertas cosas que parecen estar separadas por abismos. Poner al lado del noble aristócrata el obrero noble, aunque tenga ciertas deficiencias de detalle en su partida de bautismo, es de excelente efecto».

En otra: «Yo comprendo que hagan mucho en Madrid los que comprenden la vida madrileña: Galdós, el primero»,

Posteriormente comenta *Torquemada en el Purgatorio*: «Es un informe pericial que debe unirse al proceso de nuestra época. Lo que he encontrado más notable es la suma facilidad con que está pensado y escrito; la premiosidad que muchas veces se notaba en Galdós debía provenir de su irresolución; ahora va tomando más parte en alguno de los personajes. Es un caso raro comenzar por escepticismo glacial para concluir por entusiasmo juvenil, y a Galdós le va a pasar eso. Has de ver cómo en cada nueva obra se calienta más y llega a ser, con humorismo y chacota y todo lo que se quiera, un propagandista. La ligera tendencia romántica de sus comienzos se perdió, y ahora empieza otra tendencia más fuerte que no se perderá, a mi parecer».

En otra carta parangona a Galdós con dos novelistas de su generación y afirma: «Alarcón es también mucho más pensador; no es ninguna novedad decir que en punto a cacumen científico o filosófico Pereda está por debajo de un seminarista. En cuanto a Galdós, su aparente superioridad está en haber venido después, en ser más observador y meterse más en el fondo de los asuntos. Pero por encima de esas diferencias, fijándose sólo en cómo ha realizado cada uno según sus procedimientos, sus ideas artísticas, hay que reconocer en Alarcón una maestría consumada. Quizás con haber escrito *Realidad* no haya llegado

Galdós al summum de perfección a que llegó en su estilo Alarcón con *El sombrero de tres picos*».

Parangón que posiblemente ningún crítico actual suscribiría, pero en descargo de Ganivet recuérdense la fecha de su *Epistolario* y la de su voluntaria muerte.

En *Hacia otra España*, Maeztu dedica algunas líneas, poco imparciales, a Galdós: «Sólo un escitor, Pérez Galdós, ha desentrañado del burbujeo de los gérmenes la España capitalista que se nos echa encima. En su libro *Mendizábal* abundan los brochazos en que los ojos del novelista más se han fijado en la patria de hoy que en la de nuestros abuelos. Para mal de todos llega Galdós a la epopeya nueva—la industrialización del suelo—después de haber invertido largos años en el cultivo de la historia, en los amores de la libertad, en el ansia de verdad naturalista y en el neomisticismo... y llega sin calor, no tan sólo sin calor de corazón—que es lo de menos—, sin calor de pensamiento que es lo trascendental. Toda esa literatura parece un canto funeral... ¿Y cómo van a cantar esos literatos la nueva España, si ésta es la máquina, el dínamo, la empresa por acciones, el combate económico, sañudo e implacable, y las ideas que de este mundo tienen son reflejas, librescas, no personales ni directas?»

Después de estas líneas de 1899, Maeztu aplaude la anticlerical *Electra* (1901) y de ello quedan pruebas irrefutables. Y aplaude también el estreno de *Mariucha* (1903) desde el «Diario universal» de Madrid: «Las palabras del maestro—escribe—llegan directamente a mi pensamiento». ¿Por qué? Porque el modelo real de *Mariucha* está muy cerca de Maeztu. Quien agrega: «Galdós, como Zola y como Tolstoi, al bordear los linderos de la vejez, se cree obligado a añadir a su literatura un ejemplo moral, y por medio de una señorita madrileña nos revela el secreto de sus triunfos: el trabajo».



No encuentro luego alusiones de Maeztu a Galdós hasta 1926, en un artículo que publica «La Prensa» de Buenos Aires: «Don Benito Pérez Galdós fué indudablemente el mejor y el más influyente de los escritores de su tiempo. Escribió cerca de doscientos libros, dedicados todos ellos, unos directa, otros indirectamente, a combatir el clericalismo. Don Benito empezó a escribir en una España sin frailes. Al cerrar los ojos para siempre, las órdenes religiosas habían vuelto a multiplicarse y prosperar. Cien años de predicación del liberalismo, sin que la reacción tuviera en todo ese tiempo más que talentos de segundo orden, y el país se ha vuelto reaccionario. ¿Qué ha ocurrido en España en ese tiempo? ¿Cómo somos los españoles? ¿O cómo eran esas ideas liberales, que el pueblo ha preferido las contrarias, no tanto porque le hayan éstas atraído, sino por haberle aquéllas repelido?»

Galdós, insisto, respetaba el sentimiento religioso— fuera cual fuese—y no creo que en el conjunto de su vasta producción sea posible hallar virulencia alguna contra el cristianismo y, aún, contra el catolicismo. La hay, sí, contra la clerecía, cuya influencia reputaba nefasta para España. Pero por haber sido siempre anticlerical y por haberse multiplicado—a pesar suyo—las órdenes religiosas en España, ¿puede formularse un cargo valedero y enrostrarle el hecho como sí se tratase de un fracaso? Parece creer Maeztu que el evitar esa multiplicación era función propia de un novelista y ni siquiera se pregunta si el triunfo del clericalismo fué obra de los gobernantes y no del pueblo, tan divorciado éste de aquéllos en la España alfonsina.

Ahora, un detalle cronológico de interés: «La Prensa» insertó ese artículo en su edición del 14 de marzo de 1926. Corresponde, pues al período 1923-30 de la dictadura militar. Y Maeztu, según nos consta a los argentinos, estuvo a las órdenes del general Primo de Rivera.

De Baroja es posible esperar lo todo. Todo... menos encomios y apologías. Y si ocasionalmente alaba a alguien, poco tarda Baroja en desdecirse.

Veamos que opina de Galdós, no en los inicios del siglo, sino a partir de *Divagaciones apasionadas* (1924): «Así como uno de estos críticos aficionados a divisiones y subdivisiones me mete en el saco de la generación de 1898, otro me considera, por haber escrito novelas históricas, como un seguidor e imitador de Pérez Galdós. No hay tal cosa. Yo, aunque conocí a Pérez Galdós, no tuve gran entusiasmo ni por el escritor ni por la persona. Era, indudablemente, un novelista hábil y fecundo; pero no un gran hombre. No había en él la más ligera posibilidad de heroísmo. Nadie tiene la culpa de eso: ni los demás, ni él».

No se le debe a Galdós—sostiene—la novedad de la novela histórica, pues anteriormente la han cultivado otros en España. Y añade: «Yo no fui lector asiduo de Galdós. Su manera literaria no me entusiasmaba ni me produjo deseo de imitarla».

En 1933 «El Heraldo» de Madrid pide a Azorín y a Baroja unas líneas sobre Galdós. Baroja contesta que le faltó el «quid divinum» de Dickens, Tolstoi y Dostoiewski y que puede contentarse con una situación semejante a las de Zola, Daudet, France, Queiroz, Valera y D'Annunzio. Y remata así el dictamen: no hay en Galdós «el fondo de un alma superior a la normal más o menos consciente».

Dos años después dice en *Vitrina pintoresca*: «Galdós tiene alguna nota descriptiva de las afueras madrileñas en la novela *Misericordia*; pero es la descripción del que se asoma a ver algo que no le produce interés. He leído esta novela hace poco, por el consejo de una señora conocida que me decía que yo tenía una idea falsa e injusta de Galdós y que debía leer por lo menos *La incógnita*, *Realidad* y *Misericordia*. Leí los tres libros y no me gustaron; me parecieron amanerados, trabajos de taller, con un sabor de época, de moda pasada un tanto de-

sagradable. Por cierto que la señora entusiasta leyó de nuevo las tres novelas y me confesó que en la última lectura no le habían gustado tampoco».

Considera que comparables a *El judío errante* de Sué son *La familia de León Roch* y *Gloria*: «libros pesados, farragosos, si no para cocineras, para republicanos de los que tienen el cerebro lleno de fórmulas doctrinarias».

¿Siempre juzgó tan acremente a Galdós? No. En 1901, y con motivo de *Electra*, escribió candentes palabras de admiración: «Sentimos la necesidad de que nuestros anhelos tomen carne espiritual, se hagan conciencia, y por extraña paradoja, los alientos de la juventud, las vibraciones de nuestro espíritu, van a formar un nido en el alma del novelista que tiene fama de indiferente, de frío... El Galdós de hoy, el Galdós vidente, adquiere ante nosotros, ante la juventud que busca un ideal y no lo encuentra, un compromiso grave, una terrible responsabilidad; no impunemente se puede ser la conciencia de una multitud». (Cita de H. Chonon Berkowitz en *Galdós and the generation of 1898*, «Philological Quaterly», enero de 1942).

Pues si Baroja ocasionalmente alaba a alguien, poco tarda en desdecirse.

Azorín—o sea el ya incógnito José Martínez Ruiz—quiere averiguar qué debe España a Galdós. Para averiguarlo sin error distingue el realismo tradicional del realismo moderno, éste de «trascendencia social», pues el artista vislumbra una «realidad superior a la realidad primera y visible» y—con criterio positivista, dice Azorín—señala la relación entre el hecho y «la serie de causas y concausas» que lo determinan. Deducción obligada: «El realismo moderno—implantado aquí por Galdós—estudia, por lo tanto, no sólo las cosas en sí, como hacían los antiguos, sino el ambiente espiritual de las cosas». (*Lecturas españolas*).

Páginas más adelante asegura que Don Benito «ha contri-

buído a crear una conciencia nacional: ha hecho vivir España con sus ciudades, sus pueblos, sus monumentos, sus paisajes». Y a renglón seguido: «La nueva generación de escritores debe a Galdós todo lo más íntimo y profundo de su ser: ha nacido y se ha desenvuelto en un medio intelectual creado por el novelista. Ha habido desde Galdós hasta ahora, y con relación a todo lo anterior a 1870, un intenso esfuerzo de acercamiento a la realidad; comparad, por ejemplo, una novela de Alarcón con otra de Pío Baroja. Se han acercado más a la realidad los nuevos escritores y han impregnado, a la vez, su realismo de un anhelo de idealidad. La idealidad ha nacido del mismo conocimiento exacto, del mismo amor, de la misma simpatía por una realidad española pobre, mísera, de labriegos infortunados, de millares y millares de conciudadanos nuestros que viven agobiados por el dolor y mueren en silencio. Galdós—como hemos dicho—ha realizado la obra de revelar España a los españoles».

Para anudar mejor el enlace de su generación con Galdós, añade Azorín: «Si se tuviera que estudiar la evolución de la novela española contemporánea, habría que decir que de la etapa que representa Galdós se ha pasado a la que encarna Baroja. De Galdós arranca la conciencia artística del ambiente español; el autor de *Angel Guerra* ha llevado a sus libros el amor reflexivo a España; lo que es ocasional en los artistas anteriores a él, es un Galdós deliberado, sistemático. Un paso hacia adelante representa Baroja. Sin Galdós no sería posible Baroja; necesítase estudiar la obra del primero para comprender plenamente la del segundo».

Y esta aserción de Azorín es, de seguro, la que indigna a su amigo Baroja, siempre discordante...

*Las Lecturas españolas*. modelo de fina crítica impresionista, datan de 1912, durante un período de franco renacimiento cultural: el tesón docente de Giner de los Ríos, en efecto, había logrado que muchos discípulos de la Institución Libre completaran su formación intelectual en el extranjero. La iniciativa

fué extendiéndose y aseguró su estabilidad al fundarse, en 1907, la Junta para Ampliación de Estudios, presidida por Santiago Ramón y Cajal y regentada por José Castillejo. La Junta consiguió defender su autonomía de todos los avances que sobre ella quisieron realizar los políticos del turno—oligarcas con sede en Madrid—y, entre 1923 y 1930, también la defendió de los avances dictatoriales. Otras entidades, como el Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes, el Instituto de las Españas en los Estados Unidos—hijuelas de la Junta—, contribuyeron a europeizar el ambiente universitario español. Pues bien: durante ese período de franco renacimiento cultural —1907-23— Azorín dijo de Galdós cuanto acaba de leerse y apareó la obra del novelista con la llevada a cabo, en otros campos de labor, por Costa y Menéndez y Pelayo. Que no en balde la Junta fué lugar neutral donde los continuadores del liberal Giner y del tradicionalista Menéndez y Pelayo pudieron concertar sus esfuerzos en bien de España. ¡Si así se hubiera procedido en otras ocasiones, distantes o cercanas!...

Azorín vuelve a Galdós en un artículo de 1924 que acoge «La Prensa» de Buenos Aires: «Galdós y Pereda—escriben—, en la época anterior a la presente, los dos más grandes novelistas. «Líneas más abajo»: Galdós ha pintado la vida española. Galdós ha escrito la historia moderna de España». Y luego desarrolla su paralelo con Pereda: «Galdós y' Pereda—Pereda un poco antes que Galdós—comienzan un fecundo trabajo. Los dos realizan una de las empresas más importantes, más trascendentales de la literatura moderna de Europa. ¿Quién de los dos —volvemos a preguntar— es el más artista? No cabe dar la precedencia al uno sobre el otro. Se puede preferir al uno sin desdeñar al otro. Son Pereda y Galdós cosa distinta; fueron los dos, por encima de sus creencias y temperamentos, grandes y cordiales amigos; podemos, pues, hermanarlos en el recuerdo y en la admiración. Galdós es más extenso y más universal; Pereda, reconcentrado, nervioso, es más artista. Tie-

ne Galdós un aliento de humanidad y de tolerancia y de comprensión bondadosa que no tiene Pereda. Tiene Pereda una honda y penetrante sensación de las cosas que le falta a Galdós. En la vida eran también opuestos: Galdós, sereno, equilibrado, pacienzudo; Pereda, febril, morbosos, desasosegado. Visité a Pereda en el verano de 1905. El maestro me habló de su manera de escribir y de sus angustias una vez publicada la obra. Si Galdós trazaba línea tras línea, calmadamente, con regularidad perfecta, todos los días del mismo modo, Pereda entraba en una nerviosidad morbosa desde que principiaba a trazar un libro. Febrilmente, exaltado, exasperado, emocionado, iba escribiendo el gran maestro».

Paralelo ecuánime, pero lo curioso es que hasta entonces Azorín hubiera eludido hablar—si no me equivoco—de Pereda. Y habla del santanderino escritor reaccionario entre 1923 y 1930. Y para colocarlo a la vera de Galdós habla de él precisamente en 1924... ¿Suspicias de lector que confronta fechas políticas? Quizá... Porque en 1933, días de la segunda República, Azorín reitera al «Heraldo» de Madrid lo dicho en *Lecturas españolas*: «No se puede comparar Galdós a los realistas del siglo XVII, como se ha dicho alguna vez. El realismo del siglo XVII es una deformación de la realidad. No supone amor a la realidad, sino todo lo contrario. Y la gran revolución que Galdós inaugura en España es el amor a las cosas. Con Galdós las cosas que antes estaban muertas comienzan a vivir».

Zigzags críticos de un «pequeño filósofo»...

En cambio, Benavente—de tan mudables opiniones políticas y a veces de muy mariposeantes gustos estéticos—demuestra firmeza en el justiprecio literario de obras y autores. Y no la desmiente cuando a Galdós se refiere en sus chispeantes crónicas periodísticas. Abreviaré la reseña: En *De sobremesa*, primera serie (1910): «Pérez Galdós es siempre admirable: terminados sus cuarenta episodios; después de haber estudiado para escribirlos, mejor dicho, después de haber vivido para re-

vivirlos, toda la historia contemporánea de España con toda su lastimosa política, en lugar de quedar fatigado, desilusionado y, si se quiere, empachado, con la mayor ilusión del mundo —¿no se presenta como candidato republicano?—se lanza a la política activa».

Lo califica de «único gran historiador» español de los tiempos modernos. Agrega que su nombre es «una excelente adquisición para el partido republicano».

En *De sobremesa*, tercera serie (1912): «Si en la satisfacción del triunfo cabe siempre una gota de amargura, ¿habrá dejado de saborear su provechosa medicina el gran Don Benito Pérez Galdós? ¿Cómo puede escapar a su observación lo fácil de una carrera política y lo difícil de una carrera literaria? La primera serie de sus *Episodios Nacionales* y muchas de sus admirables novelas llevaba publicadas Don Benito y no podía contar con el número de lectores con que, sólo en dos años de republicano, ha podido contar de electores. De lectores a electores hay una sola letra de diferencia; pero ¡qué gran diferencia en números!»

Páginas más adelante, este párrafo del que nada debe cortarse: «Sí, señoras mías, nobles y honestas damas: la iglesia, que en otro tiempo tuvo manga muy ancha con el Arte y era maestra y depositaria de buena literatura, hoy más que nunca, asustadiza de la funesta manía de pensar, no educa el gusto ni el sentimiento artístico de los jóvenes encomendados a sus enseñanzas; anatematiza todo arte, toda literatura que no sea de propaganda en favor de sus ideas, cada vez menos amplias, más intransigentes. En sus clases de literatura se habla más del Padre Coloma que de Cervantes; no se inspira afición ni respeto, sino horror y desconfianza a los hombres más ilustres y gloriosos. Mientras la sujeción y la tutela de los maestros dura... menos mal: no leen a Pérez Galdós; pero tampoco van a recrearse con una de esas empecatadas obrillas de título equívoco y de inequívoco mal gusto. Pero al verse libres, ¿qué

tendrá mayor atracción para ellos? ¿Una obra de verdadero arte, que no sabrán apreciar porque no les educaron el gusto para ello, o el espectáculo grosero, el de los chistes a su alcance, del que nadie les apartó con energía porque una blanda absolución les tranquilizó antes por este pecadillo que por la lectura de una obra enemiga? ¿Qué importa que la carne se turbe si no se turba el pensamiento? Lo que los buenos Padres quieren son almas y pensamientos... lo demás ¿qué importa? Lo demás se lava y se plancha y queda como nuevo para un matrimonio ventajoso, para un alto cargo y, sobre todo, para ejemplar testamento con especiales mandas y legados piadosos».

En *De sobremesa*, cuarta serie (1912), queda la prueba de una digna actitud de Benavente: «A tiempo está España de satisfacer una deuda de honor. Nadie, entre los escritores españoles, merece el premio Nobel como Don Benito Pérez Galdós. Pero el premio de este año ya está concedido al belga Maeterlink. Hagan el Gobierno español, y cuantos puedan, cuanto esté en su mano para que el premio del año próximo sea para Pérez Galdós. Sea el premio Nobel la coronación del homenaje nacional, que debe anticiparse, porque no estaría bien que confiáramos al extranjero el pago de una deuda nacional. Y sea el homenaje todo lo práctico que pueda ser, sin que dejemos de poner en él toda nuestra alma. Yo deploro, aunque lo haya agradecido, que un distinguido escritor, a quien ni siquiera conozco personalmente—y hago esta salvedad porque hay gente capaz de creerlo todo—se haya acordado de mi nombre como candidato al premio Nobel. Tengo conciencia de mi significación para alejar de mí esas pretensiones. No quisiera, por eso, que alguien juzgara mis palabras forzada cortesía. Cuantos me conocen, cuantos me hayan oído, saben cuanta es mi admiración por el que he proclamado siempre como maestro. En sus novelas aprendí a escribir comedias, antes que en modelos extranjeros, por los que se me ha juzgado influído. Yo he leído las novelas de Galdós antes que las de Julio Verne, antes que las



de Dumas, antes que *Robinsón* y antes que los cuentos de hadas, lecturas obligadas en la niñez y en la mocedad. Mi padre, gran admirador del novelista, puso en mis manos sus libros cuando yo era muy niño. ¡Cómo no ha de ser el primero en mi admiración! ¡Cuántas veces me habré peleado, yo que no me tengo por patriotero, con algunos que lo eran en cosas sin importancia y no podían tolerar que yo estimara a nuestro gran novelista como superior a Dickens, a Balzac, a Daudet y a Zola! ¡Cuántas veces habré sostenido que, con ser nuestro mejor novelista, era también nuestro mejor autor dramático!»

En *De sobremesa*, quinta serie (1913): «Para la próxima temporada teatral la dirección artística del teatro español anuncia obras de casi todos los autores militantes y otras de autores noveles en el teatro, pero no tan desconocidos que sea aventurado esperar mucho y bueno de sus obras. Un nombre falta en la lista, un nombre que está sobre todos, el del propio director artístico: el de don Benito Pérez Galdós. Por delicadeza, estimada por todos en cuanto significa, pero inatendible en esta ocasión, don Benito se niega a estrenar obra suya y a que sean representadas las de su repertorio; y eso no debe ser».

Y líneas después: «Una campaña de arte independiente, popular, como debe ser la que en el teatro español se emprenda en esa temporada, con actores de juveniles alientos como Matilde Moreno y Francisco Fuentes, no sería completa si faltaran las obras del maestro glorioso de la novela y del teatro contemporáneo. Con palabras de *Un drama nuevo*, yo, soldado de fila, me atrevo a dirigirme al maestro de todos para decirle: «Sed nuestro general: conducidnos a la victoria».

En *Acotaciones* (1914): «Como era de esperar, el alarde nobilísimo del obispo de Jaca al mostrarse partidario de la concesión del Premio Nobel a Pérez Galdós ha desatado la ira de esos vocingleros energúmenos, más perjudiciales a la verdadera doctrina católica que sus peores enemigos. Tanto dañan a cual-

quier partido estos extremosos, que siempre hay razón para pensar de ellos si no estarán vendidos al partido contrario».

Y luego: «Más ha hecho por la verdadera religión cristiana el obispo Jaca acercándose al novelista que supo infundir vida a la santa figura de Nazarín, que esos intransigentes deformados, malos cristianos y peores españoles».

Finalmente, esta certera saeta: «Y como Yago son éstos que protestan contra Pérez Galdós, en nombre de doctrinas, de ideas, dicen ellos. En realidad, envidiosos. Como por envidia también arremeten contra el obispo de Jaca. ¡Un obispo simpático a los liberales, respetado y alabado por ellos! ¿A dónde vamos a parar? Pues qué, ¿no habíamos convenido en que el verdadero católico ha de tener cara de perro, para todo el que no piense como él piensa?»

Sin reservas mentales—acaba de verse—le cede la primacía en el género teatral. Se la cede a pesar de ser ya autor de *Los intereses creados* y *Señora ama*, y como si quisiera pagar a Galdós la deuda de lector asiduo que con él contrajo desde la infancia. Que también puede florecer la gratitud en la escabrosa senda de las letras.

Sinuosa la actitud de Unamuno frente a Galdós. Quien mejor la ha estudiado es el profesor estadounidense H. Chonon Berkowitz en *Unamuno's relations with Galdós* (*Hispanic Review*, VIII, 1940). Utilizaré muchas de sus piezas, que son entre nosotros de imposible o difícil consulta.

Por vez primera el escritor vasco juzga a Galdós, en un artículo de «La España Moderna», julio de 1896. Juzga imparcialmente su teatro, si bien con alguna falla de información. Luego con Galdós se cartea desde 1898 hasta 1912 y este epistolario ha sido cuidadosamente examinado por Berkowitz. He aquí algunos fragmentos: ¡Si usted supiera cuántas veces recuerdo a su *Amigo Manso!*... «No es que lo haya visto; lo he sentido dentro de mí»... «¡Cuántas cosas puse en su León

Roch mientras lo leía! ¡Cuántas en *Doña Perfecta!*... Su *Nazarín* de usted se mueve, aunque con amplitud y vigor, en el moralismo latino». Y, aludiendo al protagonista de *Realidad*, la corroboración de que la vida suele plagiar al arte: «De otra cosa tengo que hablarle a usted y es de Orozco, de su Orozco, a quien he conocido y tratado y de quien me despedí no hace muchos días. Iba a América. Es un hermoso drama, todo un drama que ha transcurrido silencioso en una villa muerta de esta provincia. ¡Qué pena me daba verle acariciar a mis hijos, él, que no podía tenerlos, cada vez que venía a verme! Usted no sabe lo que sintió cuando vió en el libro de usted un reflejo tan real de sí mismo, y mucho más cuando usted no le conocía siquiera».

Luego, en ocasión de un clamoroso triunfo, «Que se repita mucho su *Electra* y que nos dé usted nuevos dramas». Otro triunfo al estrenarse — tres años después, en 1904— *El abuelo*. Banquete a Galdós, al que concurren desde Baroja, Maeztu, Azorín y Valle-Inclán hasta los Quintero, Martínez Sierra, Pérez de Ayala y Ortega y Gasset. Ese mismo año Unamuno declara a un redactor del «*Mercure de France*» que la juventud debe unirse bajo la dirección de un maestro, «algunos indican ya a Galdós, cerrando los ojos ante sus insuficiencias». ¿Cuáles?... Unamuno no las puntualiza. Pero hemos de suponerlas muy leves porque en 1905 le escribe: «También yo quiero hablar con usted—mejor a solas—muy detenidamente de ese plan de acción colectiva sobre el que he pensado algo y sobre el que tengo ideas bastante claras y precisas».

Dos años más tarde, en «*La República de las Letras*», «Tuve yo una (etapa) en mis años juveniles en que rendí fervoroso culto a la obra de Galdós. *León Roch*, *Gloria*, *Marianela*, *Tormento*, *Lo prohibido*, etc., hicieron mis delicias y más adelante *Realidad* en el teatro. Y por esto en uno de los altares de mi corazón se levanta don Benito Pérez Galdós».

Ese fervoroso culto debe reencendérsele en 1912 cuando quien lo encendió en su corazón dirige el Teatro Español de Madrid, Epistolarmente vuelve a llamarlo «mi querido maestro y amigo» y se despide de él en estos términos, «Ya sabe cuan de veras es su amigo su admirador»... Y en la parte sustancial de la carta, Unamuno le habla de *Fedra*, tragedia recién escrita; «Supongo que estará usted lleno de compromisos para el Español, mas espero haya un hueco para mí».

Muere Galdós en los primeros días de 1920 y Unamuno publica en el semanario «España» un artículo necrológico. ¿Qué le elogia? Su laboriosidad: «el ejemplo moral más grande que Galdós haya dado a su generación y a la que le sucedió». ¿Qué le niega? Perspicacia: «el hombre que con ojos de novelista vió, a sus veinticinco años, la revolución de septiembre, la de 1868—y permaneció siempre fiel a su ideología liberal—y vió luego la segunda carlistada, no logró ver, al conjuro de su *Electra*, nada de lo que viera siendo joven». ¿Por qué? Porque «Galdós intentó hacer de una anécdota (alude al asunto de la Srta. Ubao) una categoría». Al final, el panegírico de su prosa: «La lengua de Galdós—que es su obra de arte suprema—fluye pausada, maciza, vasta, compacta, sin cataratas ni rompientes, sin remolinos, sin remansos», etc.

Otro artículo necrológico publica en «El Liberal»: «Los personajes de Galdós—dice—como sus modelos reales, son muy pobres de doctrina. Viven al día. Y la de él, la de Galdós, se reducía acaso al progresismo generoso y romántico, pero cándido de sobra, sencillo, de la Setembrina, de la Revolución española de 1868. El mundo social que en sus obras nos deja eternizado es el de la Restauración y la Regencia, un mundo de una pobreza intelectual y moral que pone espanto». Más adelante: «Apenas hay en la obra novelesca y dramática de Galdós una robusta y poderosa personalidad individual, uno de esos héroes que luchan contra el trágico destino y se crean un mundo para sí, para sí mismos, un Hamlet, un Segismundo, un

Don Quijote, un Tenorio, un Fausto, un Brand, un Juan José. Es que Galdós no los encontró en el mundo en que el destino le hizo vivir. Su Pepet, el de *La loca de la casa*, es más bien un personaje cómico, y en cuanto al Máximo, de *Electra*, por ejemplo, Dios nos libre de ingenieros así». Añade que Galdós «no sintió lo que llamamos cuestión social» y «sintió, en cambio, el problema de la libertad de conciencia y de la libertad civil». A modo de epitafio, lo siguiente: «El mundo que pasando por el alma de Galdós nos ha quedado para siempre en su obra de arte, es un mundo sin pasiones ni acciones, que se deja vivir, pero que no hace la vida. Y en su mundo agonizan, sin acabar de morirse—que es lo peor—, don Quijote y Sancho. Es un mundo que nació cansado de la vida. Descanse en paz el mundo de Galdós, como en paz descansa ya, quien nos lo ha eternizado».

De su discurso sobre Galdós—febrero de 1920—sólo queda una reseña periodística salmantina. Elijo y numero algunas frases de Unamuno: 1. Las novelas de Galdós son inferiores a las de Blasco Ibáñez y la Pardo Bazán. 2. En sus novelas da la sensación de un viejo aldeano junto a la campana de una cocina de pueblo: su relato adormece. 3. No ha tratado los problemas proletario y agrario y no ha resuelto el del clericalismo. (Esto último lo repite Maeztu en 1926). 4. Va a la escena con fines políticos: *Electra* y *Cassandra*. Su estilo—a diferencia del de Echegaray—es deficiente para las tablas. 5. Tuvo Galdós la fútil ambición del Premio Nobel».

Acepto que por carta el firmante no exprese al destinatario *todo* el juicio acerca de esta o aquella obra. Acepto que haya desemejanzas de tono entre esa literatura privada, de gastadas fórmulas amables, y la crítica propiamente dicha. Pero excederse en cortesías innecesarias y en reiteradas declaraciones de admiración y en seguida ofrecer su *Fedra*, me parece insincero y poco digno. Nada defendible, además, emitir juicios que,

por contradictorios, nos fuerzan a dudar de la lealtad del favorable y de la validez del desfavorable.

El discurso de Unamuno suscitó varias réplicas que Berkowitz menciona en su paciente trabajo de la «Hispanic Review». Y cuando Berkowitz escribe a Unamuno en 1930 para pedirle ciertas aclaraciones respecto a aquella lejana entrevista del «Mercure de France», la contestación no satisface el comprensible interés del investigador. Sostiene Unamuno que «Galdós no podía unir en torno de sí a los jóvenes porque era un hombre solitario, taciturno—apenas hablaba—, de escasa sociabilidad y que vivía una vida aparte, absorto en el mundo novelesco que iba creando» Por lo demás, «hizo del novelar un oficio», «se puso a fabricar novelas, y en serie». Sus personajes teatrales sienten «la voluptuosidad de la conversación por la conversación misma—¡españoles de café al cabo!—y hasta pronuncian, a modo de discursos, artículos de periódico». Y como remate de la carta, una observación no desprovista de fundamento, pero de discutible equidad si sólo se aplica a Galdós: «La difusión es, creo, un defecto muy común en nuestra literatura, pero él la aumentó, sobre todo en sus últimos años. Con todo lo cual creo que fué un pintor a las veces genial de aquella sociedad, también difusa, crepuscular, casi nebulosa, rutinaria, del Madrid de fines del siglo XIX, donde la tragedia era la falta del sentimiento de ella».

Testigos presenciales cuentan que Valle-Inclán lagrimeó tras sus gruesos quevedos al estrenarse *Electra*: emoción imprevisible y probablemente pasajera. ¿En alguna página por ahí perdida escribió algo sobre Galdós? O no lo recuerdo o lo ignoro. Sospecho, sí, que de él—en cafés y teatros—habrá hablado raudalosamente. Valdría la pena saberlo.

\* \* \*

6. Un alicantino nacido en 1866, historiador de sólida autoridad y, a intervalos, cultor de las letras, afirma que quien lea los *Episodios* saldrá sabiendo del siglo XIX español «mucho más de lo que le enseñarían todos los manuales—y no manuales—de los historiógrafos», máxime si también lee las novelas contemporáneas, «en lo más sustancial, historia de España». Dictamen que se hallará en *Cosas del día* (1907) y que en *Arte y Realidad* (1921) ratifica don Rafael Altamira: de duplicado interés este dictamen por ser el de un historiador y por suscribirlo un coetáneo de los escritores del 98.

Bien se comprende que la obra copiosa de Galdós y su inequívoca actitud político-social han originado bastantes juicios adversos. No es difícil tropezar, aquí o allá, con lo dicho por Federico García Sanchís o por un padre jesuíta—que pide la hoguera para muchos de los escritos galdosianos—o por Antonio Espina. Pero la obra del gran novelista ha sido justiciaramente aquilatada antes del centenario que ahora celebramos. Tengo presentes, por ejemplo, el pasaje de *Troteras y danzaderas* donde Ramón Pérez de Ayala abocetó la figura de don Benito, las líneas que le dedicó en el «Boletín de la Institución Libre» (1917)—transcriptas por Jeschke en su citado libro—y el artículo necrológico que publicó en «El Sol» de Madrid. Recuerdo varios, muy cálidos, de Enrique Díez-Canedo, incluso después en *Conversaciones literarias*, y el sustancioso trabajo de Ramón María Tenreiro en «La Lectura» de Madrid, y uno de los *Nuevos retratos* con que José María Salaverría pagó al maestro su deuda de novel. Recuerdo las páginas siempre sagaces de Salvador de Madariaga en *Semblanzas literarias* y en *España*; las muy meditadas de César Barja en *Libros y autores modernos*; las de Ricardo Baeza en sus atinados artículos sobre Azorín y la generación del 98; las de Angel Valbuena Prat en su *Historia de la literatura española*; las breves de Federico

de Onís en *El españolismo de Galdós*, Y recuerdo los artículos necrológicos firmados por José Ortega Munilla, Antonio Zoza-ya, Mariano de Cavia, Manuel Machado, Luis Bello, Enrique de Mesa, Pedro de Répide y Gregorio Marañón, que reprodujo «La Lectura» en enero de 1920.

Eludo, de intento, mencionar lo reciente.

\* \* \*

7. Escritor realista muy 1870, Galdós reflejó en novelas y dramas cuanto contemplaban sus ojitos tan miopes como atisbadores, apagados en la triste senectud pero que le sirvieron durante más de medio siglo para escudriñar en las almas. Si de aquella España, la de los años bobos, no hubiera dado una imagen exacta—y, por exacta, nada halagüeña—tendríanle algunos por descastado o extranjerizante.

Hizo bien lo que se propuso hacer. Ahí queda la galería de sus personajes verazmente españoles, desde Doña Perfecta hasta Fortunata y la señá Benina, desde Nazario Zaharín hasta Teodoro Golfín y Estupiñá, desde el conde de Albrit hasta Pepet. Personajes que—junto con los de la historia— piensan y sienten, actúan y hablan a lo largo de cien obras de palpitante vida española. Hizo metódicamente lo que se propuso hacer: con la conciencia del creador que fía mucho en la perseverante voluntad y poco en los efímeros raptos de la inspiración, de suyo ingobernable. Hizo lo que se propuso hacer sin intemperancias ni rencores. Sobre el lecho, casi monástico, un crucifijo. Porque tuvo su Dios: un Dios—como ha dicho Barja—«sin religión y sin culto». El encono sectario pudo perseguirlo, mas nunca lo amilanó. Mantuvo inalterable amistad con Pereda y Menéndez y Pelayo, honrosa para él y para ellos. Prologó dignamente *El sabor de la tierra* de su colega santanderino. Menéndez y Pelayo le dió la bienvenida en una Academia cuya atmósfera reaccionaria necesitaba airearse... Fué escritor por



vocación artística y liberal por convicción civil. Consecuente con sus ideas de la mocedad, ingresó ya viejo en el republicanismo. No se arropó bajo librea cortesana ni arqueó ante los poderosos su prócer de estatura de «coronel de lanceros».

\* \* \*

8. Contemporáneos pero no coetáneos de Galdós los escritores del 98: mediaban más de veinte años entre Galdós y Unamuno; más de treinta entre Galdós y Maeztu. La formación espiritual de la nueva generación se produjo en un instante de crisis ideológica para la cultura europea; liquidación del positivismo materialista en filosofía y del realismo-naturalismo en las letras. Es decir, quiebra del patrimonio intelectual acumulado durante la segunda mitad del siglo. Efectos de tal quiebra son, por ejemplo, el soliloquio metafísico de Unamuno en su *Sentimiento trágico de la vida* y la estética deformadora con que Valle-Inclán expresa el sentido tragicómico de la vida española en las bivalencias de sus *Esperpentos*.

Por otra parte, la formación cívica de los hombres del 98 correspondió a un período en que se había estabilizado la política del turno pacífico en la gobernación del país, política basada en el fraude electoral y en la mancomunada impudencia de oligarcas, caciques y caciquitos. Galdós, por lo menos, había sido espectador de la revolución del 68, de las Constituyentes que se convocaron en seguida, del breve reinado de D. Amadeo, de la brevísima primera República, de la restauración borbónica. Vió la lucha política, llena a veces de bastante dramaticidad y a veces de festiva ridiculez. En cambio, los del 98 vieron que la lucha era auténtica farsa, farsa insanable. Y cuando estos escritores recibieron el tremendo golpe de la derrota española, su examen de conciencia se desahogó en desaliento pesimista y en protesta iracunda. Desaliento y protesta de distinta entonación según la idiosincrasia de cada cual. Por esto

su filosofía fué filosofía beligerante: creyeron en los cambios sociales bruscos, y pregonaron la urgente regeneración y la forzosa europeización de España, y propugnaron una severa revisión de valores en todos los órdenes de la actividad nacional. A Galdós—habitante de Madrid desde la juventud—el tremendo golpe no lo tomó desprevenido: en sus *Episodios* y en sus «novelas contemporáneas» ya había entrevisto la patética brecha de dos Españas antagónicas. Era menester trabajar—pensaba—por que una de ellas, la liberal, impusiera soluciones de civilización política, de progreso técnico, de cultura moderna, de tolerancia religiosa. Sin preferir los cambios bruscos y, por bruscos, apenas momentáneos. Sin alardear de disconformismo radical e iconoclasta. Con filosofía pacífica y pacificadora. Pero para imponer esas soluciones de civilización, de progreso, de cultura y de tolerancia, conocer previamente la realidad española, clarificar sus problemas. En cambio, los del 98 no sólo querían resolver prestamente los problemas de España, sino que algunos, con cierta jactancia juvenil, declaraban sentir a España, en totalidad, como problema. Y volubles temperamentalmente dieron el espectáculo poco reconfortante de sus fluctuaciones políticas. Además, fueron tornadizos en sus gustos estéticos y versátiles en sus juicios literarios. Probados aquí, los últimos, con respecto a su cambiante valoración de Galdós.

Pero varios escritores del 98 han confesado que gracias a Galdós conocieron el siglo XIX español. Y quienes no lo confesaron, difícilmente podrían decirnos donde se instruyeron sobre el particular. Galdós les hizo inteligible España, esa España tan contradictoria y en ciertas ocasiones tan enigmática. Desde *La desheredada* (1881) el novelista se adelantó a satirizar el caciquismo, el nepotismo y la abulia—temas del 98—, según lo demuestra L. B. Walton (*Pérez Galdós and the Spanish novel of nineteenth century*).

Al alcanzar su madurez, los del 98 pudieron tildar de arte lento el de Galdós, y señalar sus prolijidades en el relato, sus

reiteraciones explicativas en este o aquel pasaje de esta o aquella novela, y estimar desmañada su sintaxis y advertir que su diálogo aparecía sobrecargado de modismos populares. Mas debieron reconocer también que la clacisista tersura de la prosa española se arrugó graciosamente en las manazas de Galdós y que el empaque academizante de la víspera se hizo llaneza y flexible espontaneidad en su pluma de narrador hábil. Verdad es que ellos, los del 98— Unamuno, Benavente, Azorín, Valle-Inclán— renovaron el estilo, aunque lo renovaron después, durante la etapa modernista, cuando su coetáneo Darío les llevó a España—precisamente en 1898—los versos de *Prosas profanas* y la prosa de *Los raros*, libros argentinos.

La falla de los del 98 frente a Galdós—exclúyase a Benavente— ha consistido en no haber aquilatado, con elemental equidad retrospectiva, la íntegra obra del maestro, esa obra cuyas porciones ofrecen algunos flancos vulnerables, pero que, sopesada en conjunto, revela maciza estructura. En su obra íntegra y no en porciones aisladas — bien se trate hasta de *Fortunata y Jacinta*—reposa la perdurabilidad de Galdós.

Le preguntaron a un torero cuál era el orden jerárquico en los de su oficio, y el Guerra contestó: «Yo; después, nadie; después, el Fuentes». Onís aplica la anécdota a Galdós: «Primero él; después nadie; después, cualquiera de las dos docenas de grandes escritores españoles». Entre éstos, ¿incluyó, sin decirlo, a los del 98?...